ARCHIVO CENTRAL LÍRICO-DRAMÁTICO.
CALLE DE LA UNION, 5, 3.º

6,666...

DISPARATE EN UN ACTO, Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GALCERÁN.

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ZORRILLA (BADALONA), en Octubre 1875.

PRECIO: 4 reales.

BARCELONA.
SRES. TEXIDÓ Y PARERA.
CALLE DEL PINO, NÚMERO 6, BAJOS.
1876.

-2-

ARCHIVO CENTRAL LÍRICO-DRAMÁTICO.
CALLE DE LA UNION, 5, 3.º

6,666...

DISPARATE EN UN ACTO, Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GALCERÁN.

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ZORRILLA (BADALONA), en Octubre 1875.



BARCELONA.
SRES. TEXIDÓ Y PARERA.
CALLE DEL PINO, NÚMERO 6, BAJOS.
1876.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
RAFAELA.	Señorita doña Luisa Bosch.
REPARADA..	Doña María Terrén.
ÁNGEL.	Don Antonio Galcerán.
EMILIO.	» Alfredo Pallardó.
DON BERNARDO.	» Manuel Gimenez.
EDUARDO.	» Francisco Comas.
PEPE.	» José Miró.

BARCELONA.

IMPRENTA DE ESPASA HERMANOS Y SALVAT,

Calle de las Cortes, número 223.

Á MIS HIJOS

Concha, Antonio y Enrique

Siendo aun muy pequeñitos, tuve el atrevimiento de escribir este juguete; así, pues, quiero que vuestros nombres vayan estampados en él, para que os acordeis, al leerlo, de lo mucho que os quiere

VUESTRO PADRE

Antonio.

Mayo de 1875.

ACTO ÚNICO.

Escena dividida en dos mitades: la de la derecha, figura una sala decentemente amueblada; la de la izquierda, un cuarto-dormitorio de un estudiante. — En la primera, una consola, sillas, una mesa, etc., y en la segunda, un catre, dos sillas, una mesita con un candelero encima, y recado de escribir.

Al levantarse el telon, aparece Angel en cama.

ESCENA PRIMERA.

ANGEL, llamando, despues de desperezarse.

¡Ah! ¡Aaaah!... ¡Reparada!... ¡Reparada!... ¿Dónde diablos se mete esa mujer?... Hace ocho dias que estoy sepultado en esta maldita cama, que, más que cama, parece una piedra berroqueña, y no se ha dignado arreglarla todavía... ¿qué le hemos de hacer?... ¡paciencia!... Ella dirá lo mismo de mí por deberla tres meses de pupilaje, pero juro que, si no se los pago, no es por falta de ganas, sino porque... no tengo con qué. Dos meses que estoy esperando carta de Bilbao, de mis padres, y la dichosa carta no llega, gracias á los *carcundas*, aunque la carta no importa que digamos; la cuestion son céntimos, y estos, para mí, están de luto. *(Incorporándose.)* Empeñé cuanto tenia, creyendo recibir fondos de un dia á otro, y, por ahora, estoy... al piste... como el canario. No me queda más que la ropa de uso y algunos librotes, que al fin y al cabo no me darán por ello ocho cuartos, y... ¡Oh! y lo peor es que hoy debe despedirse don Bernardo, el médico... he de pagarle... y no hay con qué!... En fin, ya saldremos del atolladero como poda-

mos. ¡ *Audaces fortuna jubat!* Por suerte, á falta de recursos pecuniarios, me quedan los recursos del latin. — Lo mejor de todo, es que he estado malo cuatro dias más, estando bueno, y que hoy me encuentro en los mismos apuros; ¡oh, deseada carta!... ¡Qué horroroso es encontrarse sin blanca, señores!... Ea, no hay que pensar más, porque perderia la razon... y es lo único que me queda. Paciencia. *(Llamando.)* ¡Reparada!.... ¡Reparadaaa!... ¡Por las once mil vírgenes!... Pues señor... nada; no parece.— Pasemos el tiempo leyendo; volvamos á repasar mi correspondencia mujeril. *(Saca de debajo de la almohada un gran paquete de cartas.)* ¡Y luego dirán que el papel baja! Lo que es á mí me pasa lo contrario: me sube el papel, y me baja la bolsa. No me quedan más que cuatro reales. ¡Miseria humana! ¡Treinta y cuatro cuartos! ¡Bá, bá, bá! Matemos el tiempo recordando dias mejores. *(Toma una carta y lee.)* «Angelito de mi corazon: te quiero mucho...» Ya lo sabia. *(Otra.)* «A mi Angel...» tutelar. *(Otra.)* «Me muero por tí... 5 agosto 1870...» ya ven ustedes; hace cuatro años que se moria por mí, y si la vieran ustedes hoy, parece... ni más ni ménos... que un mozo de cordel. ¡Pch! ¡Mujeres! *(Otra.)* «Angel mio: ya sabes que por tí...»

ESCENA II.

Dicho, REPARADA, entrando muy deprisa, con una carta.

REPARADA. ¡Don Angel! ¡Don Angel!

ANGEL. ¡Don demonio! No me ha dado mal susto.

REPARADA. Acaban de traer para usted... *(Escondiendo la carta bajo el delantal.)*

ANGEL. ¿Qué?

REPARADA. Una... cosa.

ANGEL. *(Impaciente.)* ¡Concluye por Dios!

REPARADA. Carta de Bilbao.

ANGEL. ¿No me engañas, Reparada? *(Tomándola.)* ¡Ah! no sabes lo feliz que soy en este instante.

(Cantando y besando la carta con inmensa alegría:)

¡Oh, carta adorada!
¡Oh, carta feliz!
Yo te besaré
mil veces y mil.

(Pausa. Se queda mirando la carta.)

REPARADA. ¿En qué piensa usted?

ANGEL. ¿Sabes que no tengo valor para romper este sobre?

REPARADA. ¿Y por qué?

ANGEL. Porque le he puesto tanto cariño, que temo lastimarlo. No recuerdo me haya sucedido nunca un caso semejante.

REPARADA. Pues deje usted, que yo... *(Yendo á coger la carta.)*

ANGEL. *(Retírala, y dice con énfasis:)* ¡Arre allá... profana!

REPARADA. Esto son tonterías.

ANGEL. No, Reparada; no son tonterías... (Son deseos de dinero, y temo quedarme con un palmo de narices...) Vamos á abrirla.

REPARADA. ¿Se le ofrece á usted algo, don Angel?

ANGEL. ¿A mí?... no... puedes retirarte.

REPARADA. (¡Si á lo ménos pagara...!) *(Váse.)*

ANGEL. *(Abre la carta y lee:)* «Querido hijo: deseamos que la presente te halle en perfecta salud como la nuestra es buena, á Dios gracias...» ¡Salud... salud!... Lo que yo deseo son cuartos; en habiendo *de esto* ya se tiene todo... y por ahora va saliendo lo que me temia!... Veamos á la vuelta. ¡Ah! *(Da un brinco y salta de la cama: se arrodilla, y besa la carta mirando al cielo.)* ¡Oh felizitatte! ¡Ay! *(Da un salto y vuelve á acostarse.)* ¡Señores, dispensen ustedes! La emocion que he recibido al encontrar los *conquibus*, me ha hecho faltar á la moral. ¿Si ustedes supieran qué alegría se siente cuando no se tiene un céntimo, y así... de golpe y porrazo, se le presenta á uno á la vista ¡la mar!... de pesetas? *(Lee:)* «Adjunta va una libranza de mil reales á cargo del Giro Mútuo, que es lo único que por ahora pueden remitirte tus padres que te... etc.» ¡Cincuenta duros! ¡Mil reales! ¡Treinta y

cuatro mil maravedises ! ¿ Quién me tose á mí? No perdamos tiempo. ¡ A cobrar ! *(Busca los pantalones y sólo encuentra un tiron de ellos.)* ¿ Y mis pantalones ? ¡ Toma... ahí descansan los restos ! Pero , ¿ cómo demonios ha sido esto ? ¡ Los únicos que me quedaban !... ¡ Ah !... todo lo comprendo ahora !... Ha sido una hazaña de Palomo, el perrazo del vecino ; no puede ser otra cosa. ¡ No... pues yo le juro por la nueva Constitucion, que le van á costar muy caros !... ¿ Y cómo me las arreglo yo para cobrar esta libranza ? Es personal, y no puedo mandar á nadie... ¡Vamos , no parece sino que el metálico y yo no podemos hacer migas ! ¡ Esto desespera! ¡ Maldita sea la raza canina , y... !

ESCENA III.

Dicho, REPARADA, EMILIO.

REPARADA. *(En la sala.)* Señorito, aquí está don Emilio.

ANGEL. ¡ Oh dicha! ¡ oh ventura ! ¡ No le llames Emilio, llámale... Providencia!

REPARADA. ¿ Providencia ? ¡ Yo creia que se llamaba Emilio !

EMILIO. ¿ Cómo te encuentras, chico ?

ANGEL. Bien , muy bien ; sobre todo, habiendo llegado tú. Siéntate.

REPARADA. Don Angel, he de salir á hacer algunas compras, por lo tanto , dejaré la puerta cerrada solamente con el picaporte ; ya cuidarán ustedes de que no entre nadie.

ANGEL. Puedes marcharte ; aquí quedamos nosotros.

REPARADA. Celebro mucho ver á usted tan bueno, don Providencia. *(Vase.)*

ANGEL. ¡ Muchacha !

EMILIO. ¡Ja, ja, ja! Déjala. ¡Ja, ja! Como al entrar ha oido que decias...

ANGEL. ¡ Vaya una ocurrencia !

EMILIO. En fin, amigo mio, hablemos de tí, porque el traje en que te encuentro...

ANGEL. ¡Ay Emilio! Entre la desgracia y la suerte, veo en este momento que soy favorecido por la última.

EMILIO. ¿Pues qué te sucede, chico?

ANGEL. Aunque yo nunca te lo habia dicho, debes saber que durante dos meses he estado á la cuarta pregunta.

EMILIO. ¿De veras? (¡A quién se lo cuenta!)

ANGEL. Pues bien: acabo de recibir carta de mis padres, en la que me mandan una libranza de mil reales á cargo del Giro Mútuo, y me disponia á salir, cuando veo que me es imposible por carecer de pantalones, ya que los únicos que me quedaban el perro del vecino se los ha comido. Mira, hé ahí los despojos...

EMILIO. ¡Vaya una broma!

ANGEL. ¡Si tú me hacias el favor de prestarme los tuyos!...

EMILIO. ¿Eh? ¿Mis pantalones? *(Asombrado.)*

ANGEL. Al momento vuelvo. El tiempo preciso de ir á cobrar. ¡Te deberé este favor, amigo Emilio!

EMILIO. Sí, pero... si por una fatal coincidencia no volvieras...

ANGEL. No temas; te los devolveré, aunque me muera!... digo... no... ¡Vamos... bájate los pantalones, amigo mio, y ántes de cinco minutos...

EMILIO. Bueno; con tal que no tardes más... *(Se los quita.)* Toma: aquí están.

ANGEL. *(Poniéndoselos, y vistiéndose.)* Cinco minutos... nada más que cinco minutos...

EMILIO. (¡Y el caso es que son los únicos!...)

ANGEL. ¡Gracias, un millon de gracias, Emilio! Oye: acuéstate, no sea que vuelva Reparada, y al encontrarte en paños menores...

EMILIO. Anda, hombre, anda; así lo haré. ¡Ah! se me olvidaba: he encontrado á Rafaela, y me ha preguntado por tí.

ANGEL. Hace ocho dias que no la he visto. Y ¿qué tal? ¿Siempre tan guapa?

EMILIO. Tan guapa. Pero... ¡anda!

ANGEL. ¡Con aquellos ojitos!... más bien, aquellos luceros, capaces de iluminar al mundo entero. ¡Aquella nariz!... sí... porque narices como

aquella, no hay dos: tan torneada... ¡Ajajá! Ya estoy. Dentro de cinco minutos me convierto en el Roschild español.

EMILIO. No tardes mucho.

ANGEL. Pronto estoy de vuelta. *(Cantando.)* ¡Addio, mio caro, addio!... ¡oh sorte!

EMILIO. Anda... vé.

ESCENA IV.

EMILIO.

Ya puedes vanagloriarte de lo que me obligas á hacer. *(Se echa.)* ¡Yo, que ni aun estando malo puedo soportar la cama, me he de encontrar de este modo! En fin, ¡cómo ha de ser! ¡Todo por la amistad! ¡Aaaah! Pues señor, lo mismo es meterme en cama, que bostezar y dormirme; y suerte tengo, porque, á no ser así, no sé en qué emplearia las noches... ¡Aaaah!... Distraigamos el sueño. *(Toma un periódico que habrá en la mesita de noche, y vuelto de espaldas á la puerta, lee hasta dormirse:)* «Anoche, en la fábrica de anteojos del señor Corrons, unos cacos robaron, al parecer...» Vamos, serian cortos de vista. «Son tan frecuentes los... robos á mano armada, que anteayer... relojes... sábanas... puña... ladas...»

ESCENA V.

EMILIO, durmiendo, Don BERNARDO.

BERNARDO. *(Dentro.)* ¡Cincuenta y ocho escalones! —Tiene usted mucha razon.— Sí, efectivamente... así van las cosas.—Crea usted que es digno de lástima. — Gracias; vaya usted con Dios. *(Entrando.)* ¡Señora Reparada!... ¡Há de casa! No hay nadie... habrá salido. *(Llama al cuarto de Angel.)* ¡Don Angel!... ¿Se puede?... Vamos; estará durmiendo. *(Entra.)* No le he visitado un solo dia que no me lo haya encontrado así. *(Vá á la cabecera y le menea; incorpórase Emilio, y le*

coge por el cuello, sin que don Bernardo le reconozca, gritando:)

EMILIO. ¡Ladrones... socorro... ladrones!

BERNARDO. ¡Por favor, hombre, que me ahoga usted!

EMILIO. ¡No, lo que es de esta no te escapas! ¡Socorro... ladrones!

BERNARDO. ¡Don Angel... por Dios... que soy el doctor!

EMILIO. ¿Eh? ¿cómo? *(Le suelta.)* Usted perdone...

BERNARDO. *(Al ver don Bernardo que no es Angel, le sujeta á su vez.)* (¡Quién es este prójimo!) ¡Asesino... socorro .. ladrones!

EMILIO. ¡Por favor, caballero, que me arruga usted la corbata y no tengo otra! Yo me esplicaré, y...

BERNARDO. No, no se mueva usted... echado puede usted hablar. No se mueva usted, le digo, ó de lo contrario, no respondo de...

EMILIO. ¡Calma, señor mio, calma! Al fin y al cabo no es... ¡Qué lástima de corbata!...

BERNARDO. Hable usted... pronto...

EMILIO ¡Allá voy, hombre, allá voy! Venia, despues de cuatro dias de no verle, á visitar á mi amigo Angel, que, para *inter nos*, estaba tronado...

BERNARDO. ¿Sí, eh?

EMILIO. Tronadísimo, á no haber recibido una carta de su familia, en que le mandaban una libranza de... diez mil reales... (¡Aprieta!)

BERNARDO. (Respiro... ya cobraremos.)

EMILIO. Debia, como es natural, cobrarla cuanto ántes, y al ir á vestirse, se encuentra conque el perro del vecino se habia almorzado los únicos pantalones que le quedaban.

BERNARDO. ¡Ya!

EMILIO. He llegado en aquel momento, le he prestado los mios, y como precisamente ha venido usted cuando estaba bajo la influencia de una horrible pesadilla...

BERNARDO. Lo mismo me ha sucedido á mí, y le he tomado por un malhechor. ¡Maldita equivocacion! *(Tentándose el cuello.)* ¡Caramba, hombre, qué modo tan brusco tiene usted de saludar!

EMILIO. Lo mismo digo, caballero. ¡Pobre corbata!

BERNARDO. ¡No parece sino que me he levantado hoy al revés! Despues de tener, hace poco, un terrible disgusto, viene la segunda edicion en...

EMILIO. ¿Pues qué le ha sucedido?

BERNARDO. Iba por la Rambla con un amigo mio, cuando al desembocar en la plaza de Cataluña, se nos echa encima un carruaje, cuyo caballo iba hecho una fúria. Mi amigo vá á guarecerse de él, pero con tan mala suerte, que ha caido entre las patas del cuadrúpedo.

EMILIO. ¿Y está grave?

BERNARDO. ¡Y tan grave! ¡Pobre Matías Lopez!

EMILIO. ¡Cómo! *(Muy agitado.)*

BERNARDO. ¡Oh, no quiero acordarme! *(Conmovido.)*

EMILIO. ¿Dice usted que se llama...?

BERNARDO. Matías Lopez. Un hombre ya entrado en años...

EMILIO. *(Salta de la cama.)* ¡Dios mio! ¡Mi pobre padre!... ¡Qué desgracia!... Unos pantalones... pronto... unos pantalones...

BERNARDO. ¡Pero, jóven!

EMILIO. Unos pantalones... quítese usted los suyos ó sino se los quita...

BERNARDO. Mire usted que no...

EMILIO. ¡Los pantalones, vive Cristo!... ó si nó... *(Coge una de las botas que hay debajo de la cama, y le amenaza con ella.)*

BERNARDO. ¡No dispare usted... hombre de Dios! No es prudente jugar con armas de fuego... *(Se los da.)* Tome usted.

EMILIO. *(Poniéndoselos.)* ¡Ay, padre mio! ¡padre de mi alma! ¡Qué desgraciado soy! Mil gracias, caballero; ya le mandaré á usted otros.

BERNARDO. Sí, amigo Lopez, sí; y que sea pronto, porque tengo una consulta...

EMILIO. ¿Qué tengo yo que ver con sus consultas? Primero es mi padre... ¡Allá voy, padre mio!... ¡Allá voy! *(Váse corriendo.)*

ESCENA VI.

Don BERNARDO.

¡Por los cuernos de la luna, que en mi vida me había sucedido un caso semejante! Y el pobre jóven tiene razon en estar desesperado, porque.. si don Matías es su padre... claro está que este será su hijo... y siendo su hijo... Lo más extraño es que yo le creia viudo, y sin sucesion. En fin, cobijémonos, no fuera á coger un resfriado. *(Échase.)* Pues señor, hoy debe de ser viérnes ó martes, porque no gano para sustos. ¡Voto al chápiro! ¿cómo me arreglo yo para la consulta? Y es preciso asistir, porque si falto á ella y el enfermo *se vá,* me echarán el muerto encima... ¡y... llevo tantos!.... Está señalada para las diez y sólo faltan quince minutos. Ese jóven, de fijo que ya no se acuerda de mí, ni de mis pantalones. ¡Dios mio! Tú que no abandonas á los desgraciados, haz por sacarme de este laberinto!... *(Llamando.)* ¡Señora Reparada!... ¡Quiá... nadie!... ¡Ay, Dios mio! En este momento me daria al diablo, con tal de que...

ESCENA VII.

Dicho, EDUARDO.

EDUARDO. Aquí estoy yo, señora Reparada.

BERNARDO. ¿Eh?... me parece...

EDUARDO. Nadie. *(Al cuarto.)* ¿Angel, se puede?...

BERNARDO. ¡Ay, caballero! Sea quien sea, pase usted.

EDUARDO. ¡Esa voz! *(Entra.)* ¡Ja, ja! D. Bernardo, ¿qué diablos hace usted ahí?

BERNARDO. ¡Ay, querido sobrino! Déjame tus pantalones, porque tengo una consulta médica á las diez, y van á dar: otro rato te explicaré este misterio. *(Empieza á desabrocharle.)*

EDUARDO. (¡Si estará loco!... En fin, no contrarie-

mos su manía.) Tome usted, y no hay que ir deprisa, que á mí no me espera nadie.

BERNARDO. Gracias, Eduardo, gracias; no sabes el inmenso favor que me estás haciendo en este instante. A fé de Bernardo, que no creia salir tan felizmente de este apuro. ¡Dios te lo pague, hijo! Van á dar las diez... Adios.

EDUARDO. Hasta la vista.

BERNARDO. Te los mando pronto. *(Váse deprisa.)*

EDUARDO. No hay que apresurarse.

ESCENA VIII.

EDUARDO.

Pero señor, ¿qué diablos significará esto? ¡Y no deja de tener chiste! Vengo á visitar al enfermo, y me encuentro trocados los papeles; es decir, el enfermo paseando, y el médico en la cama. ¡Ja, ja, ja! Es gracioso! Siempre será otra de las bromitas de Angel!... ¡Diantre! empiezo á tener frio! Me voy á acostar; así como así, nada tengo que hacer. *(Se echa.)* Y, conocido el lance, ha de ser de lo bueno, porque Angelito tiene muy buena sombra. Veremos, veremos.

ESCENA IX.

Dicho, RAFAELA, en la sala.

RAFAELA. *(Entrando.)* ¡Ah, respiro! La puerta de par en par, y no se vé á nadie: ¡Angel... Angel!

EDUARDO. ¡Cáscaras! ¡esa voz...! ¡apostaria á que es la de Rafaela, mi futura... de ántes! ¿A qué vendrá? Veamos. *(Tápase la cara con la sábana.)*

RAFAELA. ¿Se puede?

EDUARDO. Adelante. *(Disfrazando la voz.)*

RAFAELA. ¡Ay, Angel de mi alma! ¡Vengo muerta! He tropezado con mi padre en la calle, y me ha seguido... vá á venir... escóndeme por Dios, ó nos perdemos... ¡y todo por verte!

EDUARDO. *(Incorporándose de repente.)* ¿Y es á mí á quien viene usted á contar semejante cosa?

RAFAELA. ¡Eduardo!... ¡Uf!... *(Se escapa.)*

EDUARDO. ¡Ah, pérfida!... ¡Huyes, pero yo te alcanzaré. *(Váse corriendo tras ella. Queda un momento la escena sola; luego entra Rafaela recatándose.)*

RAFAELA. *(Entrando.)* ¡Ay, respiro! ¿Estará ya léjos...? Sí. Por fortuna he podido desorientarle subiendo hasta el piso superior, en tanto que él se dirigia á la calle. ¡Vaya un compromiso! ¡Y no es poco terco! Por más que le despedí cuantas veces me habló de amor, sigue siempre en sus trece. ¡Dios mio, si habrá sucedido una desgracia!... Es particular; estando enfermo... *(Óyese cantar á Emilio en la escalera:)*

EMILIO. *(Dentro:)* «Die di l'or, dil mondo signor...»

RAFAELA. ¡Ay! ¡Cielos... es la voz de Emilio, el inseparable de Angel!... ¡Y mi padre acechará abajo!... ¡Qué fatalidad! ¿Dónde me esconderé? ¡Ah... aquí! *(Se oculta detrás de una de las hojas de la puerta del cuarto.)*

ESCENA X.

RAFAELA, oculta; EMILIO, con un lio bajo el brazo

EMILIO. «Die di l'or...» Don Bernardo, aquí tiene usted sus pantal... ¡Calle... no está!... ¿Dónde se habrá metido?... ¡Cielos... una mujer!...

RAFAELA. (¡Huyamos!)

EMILIO. No... pues lo que es esto no queda así. *(Y echa á correr detrás, pero al llegar á la puerta del fondo, ciérrala ella, y como al volverse para cerrar la vé de frente, exclama:)* ¡Rafaela! *(Forcejea para abrir la puerta, y al hacerlo se encuentra con Pepe, á quien abraza.)*

ESCENA XI.

EMILIO, RAFAELA, PEPE.

PEPE. ¡Animal! *(Dándole un empellon.)*

EMILIO. ¡Canastos!

PEPE. ¡Venga usted acá, niña incivil!... ¿A qué ha

venido usted aquí?... porque no me cabe duda que salia usted de esta habitacion. ¡Hable usted, pronto...

RAFAELA. ¡Padre... yo...!

EMILIO. ¡Cómo... usted es el padre de...!

PEPE. De mi hija, sí señor. Luego nos entenderemos los dos, caballerito. *(A ella.)* Vamos, habla.

RAFAELA. Pues bien, querido padre: amo á Angel con toda mi alma, el me ama tambien, y sabiendo que estaba enfermo...

PEPE. Has venido á consolarle... ¡Pero sepamos quién es ese Angel!

EMILIO. Un amigo mio, y parroquiano de usted.

PEPE. (¡Cielos! ¿Si será el afortunado que...) Gracias. Decias...

RAFAELA. Que es un jóven muy guapo, á quien conocí yendo á mi tienda de modas, adiviné que venia *con buen fin*, y concluí por quererle con exceso.

PEPE. ¿Pero tú sabes bien lo que has hecho?

RAFAELA. Padre mio, yo sólo sé que soy muy honrada. *(Con dignidad.)*

PEPE. En fin, ya que tú le amas, y él te ama á ti segun dices, con tal que sea un jóven digno...

ANGEL. *(Dentro.)* ¡Reparada!... ¡Emilio!...

EMILIO. Ahí le tiene usted... ¡y qué contento sube!

ESCENA XII.

Dichos, ANGEL, con botellas de Champany.

ANGEL. ¡Chico, chico... qué sorpresa! Ya se acabó la miseria!... Pero, ¡cuernos!... ahora que reparo... ¿á qué santo te encuentras tú aquí? ¡Rafaela!... ¿Y ese hombre?... ¡Pepe! *(Abrazándole.)*

RAFAELA. ¡Angel... que es mi padre!

ANGEL. ¡Tu padre!

PEPE. Sí. ¡Qué te extraña!

ANGEL. Tú... tú... digo, usted el padre de la mujer á quien yo...

PEPE. Sí, yo, Pepe Carcoma, tu futuro suegro, que á pesar de que sabe que no cuentas más que con

la modesta pension que recibes de tus padres, te concede la mano de su hija, amén de sus cuatro mil reales de dote, supuesto que tanto os amais.

RAFAELA. ¡Qué felicidad!

ANGEL. ¡Oh, incomparable padre! ¡A usted se lo debo todo, dicha, fortuna!... Desde hoy deja usted de ser mozo de café, para convertirse en padre político del opulento banquero don Angel Tarasquilla y de los suyos.

EMILIO. ¿Chico, te has vuelto loco?

ANGEL. Fortuna, sí, porque usted no sabe que el décimo aquél que me vendió, hace diez dias, en el café, ha salido premiado con diez y seis mil pesetas.

PEPE. ¿De veras? (Ya lo sabia.)

RAFAELA. ¡Angel!

ANGEL. ¡Rafaela!

EMILIO. ¡Anda al diantre!

ANGEL. ¿Lo dudas? Pues toma, incrédulo, toma... *(Con énfasis.)* lee este número con voz sonora, y alhagüeña y clara. *(Dándole un décimo, y luego la lista.)*

EMILIO. *(Lee:)* Seis mil, seis cientos sesenta y seis.

ANGEL. Ahora coteja, y grita conmigo: ¡vivan los seises!

EMILIO. ¡Vivan!... ¿Pero, no hacia dias, segun me dijiste, que estabas absolutamente tronado?

ANGEL. Pues por lo mismo; fué una compra á plazo, gracias á mi futuro papá suegro.

PEPE. (Cuyo importe daba por perdido.)

ANGEL. Conque, ya vés. Ahora, amigos mios, solemnicemos como se merece esta festividad, y mi despedida de soltero, porque... lo dicho, me caso, y como ya supongo á usted informado...

PEPE. De todo, hombre, de todo. (¿Qué mejores informes que sus diez y seis mil pesetas?) Pero ahora lo que haremos es marcharnos, pues no es prudente que permanezca aquí mi hija...

RAFAELA. ¡Papá!

EMILIO. No, no es prudente.

ANGEL. ¿Lo crees tú tambien así? Conformes; me resigno. Adios, querida mia; mañana empezaremos á practicar las diligencias necesarias, y...

EMILIO. ¡Allí fué Troya!

PEPE. Adios, yerno futuro. Confío en tu palabra.

ANGEL. La cumpliré, futuro suegro. *(Dándose las manos.)* Adios, Rafaela mia, adios.

RAFAELA. No me olvides. *(Se ván.)*

ANGEL. No temas. Hasta mañana. *(Emilio saluda.)* ¡Ea, ahora á beber, á alegrarse! Vamos á buscar á Eduardo, y hagámosle partícipe de nuestra dicha.

EMILIO. Y ahora que recuerdo, ¿qué habrá sido del médico?

ANGEL. ¿El médico? ¿Qué médico?

EMILIO. ¿Qué sé yo? el tuyo seguramente. Trájome la noticia de que mi padre habia sido víctima de una desgracia, y como estaba en paños menores, le obligué á que se quitara los pantalones: me los pongo, salgo, y me encuentro con que el herido es un comerciante en chocolates á quien no conozco. Y lo que me extraña es que el médico no parezca.

ANGEL. Es raro... pero, en fin, lo que fuere sonará. Ahora á la fonda, y mañana...

EMILIO. Vamos. Pero, ¿quién sube? ¿otro estorbo?

ANGEL. No, si es Eduardo. ¡Ja, ja! ¿Qué traje es este? ¿Vienes de visita? Siéntate.

EMILIO. Viene en traje de mañana. ¡Ja, ja!

ESCENA XIII.

Dichos, EDUARDO, en calzoncillos; muy deprisa.

EDUARDO. Vengo, como vengo: pues á fé que está el horno para roscas. Yo te prometo que aunque te mueras, no vuelvo á visitarte. Mira, manda á Reparada por unos pantalones.

ANGEL. Toma, ponte los que gustes, pero cuenta; ¿qué te ha sucedido?

EDUARDO. Lo más original. Figúrate que venia á visitarte, y me encuentro á mi tio Bernardo en calzoncillos, me pide mis pantalones, se los presto, y apénas acababa él de salir, cuando se presenta una mujer á quien creo conocer; huye, la sigo, desaparece, y como iba por la calle cor-

riendo desatinado, han empezado á seguirme los chiquillos, y entre silbos y pedradas, me he visto obligado á guarecerme en un corral, que hay en el extremo de esta calle, donde me han tenido encerrado hasta ahora, creyéndome loco. *(Durante esto no paran las risas de Ang. y Emil.)*

EMILIO. ¡Ja, ja! Ahora me esplico...

ANGEL. ¿Pero, á quién ibas siguiendo? Quién era?

EDUARDO. A una mujer á quien Dios confunda, y á la cual he perdido de vista. Gracias que al cabo de media hora de permanecer en aquel pestífero corral se han apiadado de mí, y me han acompañado á tu casa. ¡Jesus, estoy molido!

ANGEL. ¡Pobre amigo mio! Pero... ya pasó; y hoy todo ha de ser broma y jolgorio. Sabe, querido Eduardo, que ya se acabó la miseria... que me ha tocado el premio grande...

EDUARDO. ¡Me alegro!

ANGEL. Y que me caso.

EDUARDO. Lo siento, hombre, lo siento. ¿Pero es eso cierto?

EMILIO. Ciertísimo.

ANGEL. Y en prueba de ello, hazme el favor de destapar una botella de este riquísimo Champany. *(Se la da y saca copas.)*

EDUARDO. Ahora sí lo creo, y vuelvo á alegrarme, hombre, vuelvo á alegrarme.

ANGEL. *(Despues de llenar las copas.)* Pues ahora, exclamad conmigo, parodiando al famoso escudero Sancho Panza:

De Baco siempre admirador profundo,
á Baco voy un brindis á ofrecer,
que de inmensos placeres que da el mundo,
el más inapreciable es el beber.
El amor me enajena, soy sincero;
tambien el oro llama mi atencion;
mas, entre oro y amor, vino prefiero,
pues beber... y beber es mi ambicion.

EMILIO Y EDUARDO. ¡Bravo... bien! *(Muy animado.)*

ANGEL. ¡Y ahora, amigos mios, á la fonda... á la fonda!... Al Universo.

LOS TRES. ¡Al Universo! *(Van á salir.)*

EMILIO. Pero, oye chico: ¿no nos despedimos?

ANGEL. ¡Y es verdad! Anda, tú...

EDUARDO. De ningun modo. Esto te toca á tí.

ANGEL. ¿A mí? *(Señal afirmativa de los dos.)* Pero, si no sé qué decir.

EMILIO. ¿Quieres salir del paso? Pues endósales una de las seguidillas de tu cosecha.

ANGEL. ¿Y con mi voz de gallo inglés?

EMILIO. Anda, hombre. El que tiene dinero todo lo hace bien.

ANGEL. Tienes razon; allá voy. *(Al público.)* Señores, despues de lo dicho, sólo me falta... me falta... en fin, ya saben ustedes lo que me falta: indulgencia... para nosotros, y para el autor. En cambio, ahí van los postres. *(Coge cualquier objeto figurando que acompaña lo siguiente con una guitarra, sentándose en la mesa; los demás siguen el acompañamiento golpeando en las copas, y canta:)*

Aunque me haya tocado
la lotería,
no es por eso completa
la dicha mia.
Que esto no es nada,
si no escucho el sonido
de una palmada.

LOS TRES. ¡Viva el dinero!
¡Viva mi amada!
¡Viva el sonido
de una palmada!

(Mucha animacion y algazara.)

CAE EL TELON.





PUNTOS DE VENTA.

Barcelona.—Sres. Texidò y Parera.—Pinos, 6, bajos ; y en todas las demás librerías y centros de suscricion.

Madrid.—Librerías de don Antonio de San Martin, Puerta del Sol.—Don Eduardo Martinez, (sucesor de Escribano), Princesa, 25.—Sres. Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana.—Sres. Iravedra y Novo, Capellanes, 2, y en todas las demás librerías.